



## Un pequeño huerto

**A**DMIRAR A ALGUIEN SIGNIFICA ENVIDIARLO; pero para que la admiración no se convierta en pura y dura envidia hace falta mantener una cierta distancia con el sujeto de nuestra atención.

Si hubiéramos conocido personalmente a los grandes escritores que nos conmovieron puede que —más que brillo— produjeran en nosotros un cúmulo de sensaciones contradictorias que, en suma, no podrían resolverse. Veríamos reflejado en el espejo que siempre llevamos activado, todo aquello que queremos ser y, sin embargo, no podemos cumplir. O todo aquello que somos y, sin embargo, no vemos cumplido en los demás.

Admirar a alguien es un placer, pero también un lío.

En el caso que me ocupa, puedo decir que yo no admiro en absoluto a José Antonio Garriga. Simplemente lo envidio.

Un día cualquiera de una primavera incierta fui a visitarlo. Él había alquilado una pequeña aunque confortable casa en una casi-aldea cercana a Benagalbón. Aparqué mi motocicleta —mi hermosa, alada y amable motocicleta— junto al muro encalado de su vivienda y sin pensármelo dos veces entré en la propiedad. No lo encontré en

los sitios previsibles, pero tampoco lo llamé. Observando mi perplejidad, me avisó desde el huerto. José Antonio siempre ha tenido un huerto. Al reunirme con él comprobé cómo sudaba. Estaba trabajando. Trabajando el huerto.

Había organizado un pequeño huerto en donde realmente crecían criaturas vegetales, y aquellos metros cuadrados ganados al desierto me parecieron un milagro. Estaba satisfecho, roto por el sol, y dispuesto a hacer una pausa en forma de cerveza helada. Bebimos, hablamos y seguimos bebiendo y hablando hasta la hora del almuerzo. Almorzamos una extraña y exquisita combinación compuesta exclusivamente por productos del huerto. Hubo algo milagroso en aquella comida.

Yo entonces no sabía —aunque algo sospechaba— que su situación económica no era ni mucho menos envidiable. Pero sí sabía que estaba escribiendo una novela. Y era cierto. Estaba escribiendo una novela. Después se ha comprobado.

Esta imagen que os cuento del huerto y del sudor no es una mera anécdota simpática.

Cuando tuve el privilegio de leer la primera redacción de su novela *Muntaner*, 38 comprendí muchas cosas. Cosas tan fundamentales como olvidables:

Un escritor tiene la obligación de cumplir un destino, una orden absurda y al mismo tiempo capital, y en el caso de José Antonio Garriga el destino y el oficio se cumplían milagrosamente.

Y he aquí algo de lo que encontré:

La enorme responsabilidad de atreverse a dejar por escrito y de una forma autobiográfica, ficcionada y responsable todas las obsesiones, los momentos dolorosos, los nidos emocionales que han formado su vida, los tabúes y ratoneras donde descansan los símbolos que arman de una forma insosteniblemente sólida cualquier personalidad —la suya en este caso—. Encontré también la delicadeza y el esfuerzo de hacer transferible de un modo amable y divertido las historias más delicadas y personales. Porque escribir no es más que eso ¡ojo con lo que digo!: convertir el propio infierno en vuestro parque de atracciones.

Hay otra cosa importante. Es la proximidad, el calor, —yo lo llamo la poética epidérmica— que permite e invita de una forma automática a identificarse con los personajes y el aire de la novela como si ésta fuera un simulador de vuelo altamente efectivo.

En sus novelas Garriga consigue algo ciertamente difícil. Consigue acotar, capturar y, sobre todo, ordenar su pequeño-gran mundo propio. Construye un atlas emocional que por verdadero nos hace temblar, nos provoca la milagrosa sensación de haber estado ahí. Hay una inevitable familiaridad.

Y no es fácil. Por todo esto hablaba antes del huerto. Y cuando hablaba del huerto estaba hablando también de las palabras. Porque sólo somos palabras. José Antonio lo sabe y lo predica con su esfuerzo. Palabras que nos impusieron, o que capturamos al vuelo, palabras que oímos en algún lugar, palabras que volaron hacia nosotros como cuchillos o como abrazos verdaderos. Y a las palabras hay que cuidarlas y sudar sobre ellas bajo el sol, como si cuidáramos un huerto, porque en definitiva, es todo lo que tenemos, tanto para enviarlas como para recibirlas.

José Antonio Garriga ha tenido la delicadeza de regalarnos la historia de su vida (sus vidas) de una forma divertida e inquietante. Y esa disposición lo eleva automáticamente a la categoría de «Fundador de Mundos». El novelista Garriga es todo un lujo que charla o pasea con cualquiera de nosotros con la actitud bondadosa del que piensa: «En realidad, todo esto no importa». Y eso le honra.

JUAN MANUEL VILLALBA